

RABIA O REBELDÍA EN EL MEDIEVO CHINO

JOHN PAGE
El Colegio de México

EL PRIMER ESTUDIO COMPARADO de la novela *Michael Kohlhaas* (1808) de Heinrich von Kleist (1777-1811) y el cuento de Feng Menglong (1574-1645), *De cómo la muerte de Wang Xinzhi salvó a toda su familia* (1620),¹ gira en torno a los muchos paralelismos que encierran ambas obras. Tales paralelismos involucran desde sus fuentes de inspiración, sus estructuras y argumentos y la motivación y actuación de sus respectivos protagonistas, hasta la persistencia ulterior de éstos. A la vez, el marco propuesto para englobarlos —junto con otros personajes de estirpe semejante como Robin Hood, Emelian Pugachov, Willy Brennan y Jack Dubbins— es la categoría social del rebelde primitivo, delineado por Eric Hobsbawm.² El rebelde primitivo, a diferencia del rebelde social y del revolucionario, busca que la autoridad constituida cumpla con su deber y haga cumplir las leyes del reino. Su intento no es derrocar ni sustituir esa autoridad, sino hacer que recupere su mejor expresión para que merezca la adhesión de su súbdito más exigente. Hay, sin embargo, un elemento que distingue a Wang y a Kohlhaas de otros de la categoría: su entrega voluntaria a las fuerzas del orden cuando creen tener la seguridad del reconocimiento judicial de su causa. Semejante entrega, a la luz de los desmanes que cometen y los estragos que causan, equivale a un acto suicida; el estudio de esa entrega requiere, así, la búsqueda de una motivación más profunda que la que Hobsbawm le reconoce al rebelde primitivo.

¹ John Page, *De cómo Wang Ge y Hans Kohlbase se salvaron del olvido*, México, El Equilibrista, 1990.

² Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Nueva York, Norton, 1959.

Heinz Kohut (1913-1981), psicoanalista alemán conocido por sus aportaciones a la teoría y la práctica psicoanalíticas, destaca la novela de Kleist como un ejemplo de

la sed insaciable de venganza después de un daño narcisista, superado en su campo, creo, solamente por una obra, el gran *Moby Dick* de Melville. El cuento de Kleist relata la suerte de un hombre que, como el capitán Ahab, se encuentra en poder de una rabia narcisista interminable. Es la expresión más grandiosa del motivo de venganza en la literatura alemana.³

Tanto Kohut como otros estudiosos del narcisismo ubican la fuente de la rabia narcisista en alteraciones traumáticas en el desarrollo infantil, originadas desde la etapa oral, provocadas por privación o rechazo materno y que derivan en reacciones de rabia oral-sadista. Las alteraciones del narcisismo surgen durante las fases tempranas del desarrollo infantil en relación con el comienzo de la separación de la madre y la clara diferenciación de uno mismo como individuo separado. Se postula que bajo circunstancias óptimas, el infante más pequeño goza de una vaga sensación de omnipotencia, autarquía y unión perfecta con la madre y su entorno,⁴ puesto que al momento de experimentar todas sus necesidades, éstas son satisfechas con relativa rapidez y sin que el infante haga un esfuerzo especial. Esta experiencia de unificación satisfactoria con un entorno solícito, usualmente la madre, construye en la psique infantil una sensación de omnipotencia, una fantasía de dicha y poder sin límite.⁵ Con el avance de su desarrollo psicológico, con la experiencia y con la creciente complejidad de sus requerimientos, el infante se hace cada vez más consciente de la necesidad que tiene del cuidado y la ayuda de su madre. Esta conciencia llega a cierta culminación cuando, con gran ansiedad y frustración, el infante busca ambivalentemente establecer su autonomía a la vez que

³ Heinz Kohut. "Thoughts on Narcissism and Narcissistic Rage", *The Psychoanalytic Study of the Child*, 1972, 27:360-400, p. 362.

⁴ Designado en la terminología psicoanalítica como el objeto-sí omnipotente (*omnipotent selfobject*), cuyo ejemplo más primitivo y completo es el seno materno.

⁵ Designado en la terminología psicoanalítica como el sí grandioso (*the grandiose self*).

quiere cimentar los vínculos con la madre. Las respuestas en esta etapa son cruciales para la formación de características narcisistas futuras. Los infantes que son capaces de comenzar a delegar gradualmente su propia sensación de omnipotencia en los padres, al mismo tiempo que adquieren mayor autonomía, son los que tienen las mayores probabilidades de un desarrollo no conflictivo y de la creación de una robusta y feliz sensación de sí mismos. Los infantes que se percatan de que la madre de la que dependen es una gratificadora poco confiable de sus necesidades, son propensos a desarrollar una rabia matizada con sentimientos de insuficiencia respecto de sí mismos.⁶ Kohut añade que

La rabia narcisista surge cuando el sí o el objeto dejan de cumplir con las expectativas dirigidas a su funcionamiento —sea por el niño que, más o menos apropiadamente, insiste en la grandiosidad y la omnipotencia del sí y del objeto-sí, sea por el adulto narcisistamente fijado, cuyas estructuras narcisistas han quedado sin modificación porque se aislaron del resto de su psique en desarrollo después de que las demandas narcisistas apropiadas se habían frustrado traumáticamente [...]. Las formas más violentas de la rabia narcisista surgen en los individuos para quienes una sensación de control absoluto de su entorno arcaico es indispensable, porque el sostenimiento de la autoestima y del sí mismo depende de la disponibilidad incondicional del objeto-sí aprobatorio-reflector... La agresión humana es en extremo peligrosa cuando está fijada en las dos grandes constelaciones absolutarias psicológicas: el sí grandioso y el objeto omnipotente arcaico... La necesidad de venganza, de rectificar un entuerto, de deshacer un daño por el medio que fuere y una compulsión profundamente arraigada e implacable en la persecución de todos estos objetivos que no dejan descansar a los que han sufrido una herida narcisista, son rasgos característicos del fenómeno de la rabia narcisista en todas sus formas, que lo distinguen de otras formas de agresión.⁷

La referencia de Kohut al *Michael Kohlhaas* dio lugar a los trabajos psicoanalíticos de James W. Hamilton y Peter Dettmering. El primero señala que el cuento de Kleist encierra una riqueza de simbolismo oral, como la desnutrición de los

⁶ Véase Arnold M. Cooper, "Narcissism", en *Essential Papers on Narcissism*, New York University Press, Nueva York, 1986, pp. 132-133.

⁷ Heinz Kohut, "Thoughts on Narcissism and narcissistic Rage", *The Psychoanalytic Study of the Child* (1972) 27:260-400, New York Quadrangle Books.

caballos de Kohlhaas por el Junker, lo que provoca la querrela entre los dos hombres; las "terribles mordeduras" que los perros del Junker infligen a Herse, el caballero de Kohlhaas. Kohlhaas mismo es "consumido por la rabia" cuando la corte frustra su querrela, y se destacan su "sed de venganza insatisfecha" así como su "insaciable carácter vengativo". Antes de morir, Kohlhaas se traga el papel que le dio la gitana. Hamilton señala también un número notable de referencias al pecho —simbólico del pecho materno— a lo largo de todo el cuento y, citando a otro especialista que ha demostrado que el fuego es la expresión simbólica de la rabia oral, destaca la importancia simbólica del incendiarismo de Kohlhaas.⁸

El artículo de Peter Detmerring también se apoya en la importancia de referencias arraigadas en el desarrollo infantil temprano. Entre éstas sobresalen las que podrían englobarse en las siguientes categorías: la dualidad paterno-fraterna; la identidad del sí de Kohlhaas con sus caballos secuestrados; la dicotomía, blanco o negro, de que quien no está conmigo está contra mí; la incapacidad de amar. El *Michael Kohlhaas*, sin embargo, incluye figuras maternas inequívocamente solícitas y reparadoras, como Lisbeth, su esposa, y la gitana. Éstas no encuentran eco en la historia de Wang Ge, salvo en la intervención de la nuera quien, en su actitud de reconvenir y aconsejar a Wang, se asemeja a Lisbeth cuando toma la misma actitud para con Kohlhaas.

Detmerring señala que la muerte de la figura paterna benevolente del viejo barón von Tronka expone a Kohlhaas al nuevo barón, hijo del viejo, quien al negarle libre paso a Kohlhaas, en contraste a como anteriormente sí se lo había brindado su padre, se convierte en una especie de hermano rival y envidioso. Ya puesta en marcha la venganza iracunda de Kohlhaas, aparece Martín Lutero como otra figura paterna que lo aconseja y reconviene y que, finalmente, lo protege con su intervención a favor de un salvoconducto. Los prínci-

⁸ James W. Hamilton, "Implications for Current Concepts of Narcissism in Heinrich von Kleist's *Michael Kohlhaas*", *International Review of Psychoanalysis*, vol. 8, núm. 1, 1981, p. 82.

pes electores de Brandenburgo y de Sajonia, dicho sea de paso, oscilan ante los ojos de Kohlhaas entre figuras paternas potencialmente protectoras y generosas, y enemigos acérrimos acreedores de su mayor violencia; sin embargo, el emperador en Viena nunca sufre esa ambivalencia, y conserva siempre su jerarquía de autoridad de última instancia, de autoridad paterna justiciera.

Para Kohlhaas, sus dos caballos relucientes lo representan a él mismo;

“su orgullo narcisista” y su autoestima están ligados a ellos. Para Kohlhaas son, sobre todo, una garantía de que él mismo está bien alimentado, resplandeciente, amado y protegido por un padre justo y benévolo. Su capacidad de amar o, en términos generales, su relación con el objeto, parece ligada a que éste se encuentre en un estado rico, bello y resplandeciente. Cuando ve a los caballos convertidos en tristes jamelgos sin potencia, les niega su afecto en el estado en el que se encuentran, para protegerse así contra un sentimiento aplastante de inferioridad o carencia de valor. “¡Éstos no son mis caballos,” exclama, “éstos no son los caballos que valían treinta florines de oro! ¡Quiero que me devuelva mis caballos bien alimentados y sanos!” La merma de su autoestima, junto con un miedo masivo a la castración, conducen a que Kohlhaas retenga en su interior el buen objeto perdido y que desintegre la devaluada apariencia externa del contexto de su sí. A partir de entonces, los caballos existen, por así decirlo, doblemente: como la imagen de los caballos negros bien alimentados y resplandecientes, cuya reposición exige Kohlhaas, y como los jamelgos flacos y apáticos que lo avergüenzan; por eso se quiere vengar a toda costa de aquellos que lo cubren de esa vergüenza. El objeto idealizado y la imagen idealizada del sí se necesitan para defenderse contra la depresión y la angustia persecutoria.⁹

Detmerring señala que Kohlhaas, al principio, todavía es capaz de controlar sus afectos y hacerle virtualmente justicia a su adversario, Tronka, esperando que justas instancias paternas lo apoyen, y que resuelvan la lucha para bien, pero de este titubeo lo saca a Kohlhaas la noticia de que su soberano, el príncipe elector de Brandenburgo, no puede o no quiere

⁹ Peter Detmerring, “Die psychodynamic in Heinrich von Kleist’s *Michael Kohlhaas*”, *Psyche*, Stuttgart 1975, feb. vol. 29 (2) pp. 154-170. Todas las referencias son a mi traducción inédita de este artículo.

hacer nada por su causa. Kleist describe cómo de esta nueva ofensa evoluciona la ruptura sicótica con la realidad:

Y surgiendo del dolor que le causaba ver el mundo preso de tan monstruoso desorden, una serenidad íntima lo invade al reconocer que su propio espíritu se encuentra en perfecta armonía. Así se establece un mundo simplificado que se divide tajantemente entre el bien y el mal, a nivel del purificado ego placentero que "quiere incorporarse todo lo bueno y desechar todo lo malo" [S. Freud, 1925, p. 13]. Todo lo malo se proyecta hacia afuera, y el yo se siente armónico, inteligente, superior, y muchas veces despótico, es decir, completamente triunfador.¹⁰

Si la noticia del fallo dado por el príncipe elector de Brandenburgo impulsa a Kohlhaas a enviar a su familia a Mecklenburg y a vender sus propiedades, en preparación de su venganza,

En el fondo, la muerte violenta de su mujer es la señal que necesita para poder llevar a cabo esa venganza. En otras palabras, tanto es el potencial de odio e ira de Kohlhaas que, con su reducida capacidad de amar no puede impedir la aniquilación del objeto femenino, e incluso la aprueba internamente porque corresponde a la línea de su venganza. Kohlhaas elimina la consideración, la misericordia, la indulgencia, que son cualidades afines con la capacidad de amar o derivadas de ésta; él se percibe como el "ángel de la justicia" que baja del cielo... Ahora quien tiene la preferencia es el yo megalómano de Kohlhaas, y éste se nombra el Lugarteniente del Arcángel Miguel: la identidad del nombre indica ya la identificación con objetos del sí arcaico omnipotente. A punto de incendiar un convento, se le enfrenta la abadesa, pariente del noble von Tronka, como la figura venerable de una madre; cómo para hacer patente que su rabia no sólo se dirige contra el noble. Evidentemente Kohlhaas percibe los conventos, las ciudades, incluso países enteros como si fuesen figuras de la madre que le ocultan al noble culpable. Por eso, su resolución de incinerar todo lo que se le oponga "de tal manera que no tenga que asomarse por pared alguna para encontrarlo"... es la representación casi abierta de la fantasía de que en el cuerpo o el seno de la madre, el "objeto purificado de aversión" que se extiende a todo el mundo, se busca a un rival odioso.¹¹

Las figuras paterno-fraternas en el cuento de Feng Menglong son dos: el hermano mayor de Wang Ge, Wang Fu, y

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

el comandante de la guarnición prefectural, Guo Ze. Desde luego, el más conflictivo y de raíces más primitivas es Wang Fu. El hecho de que Ge comparta la casa "de su hermano mayor desde pequeño" indica la falta temprana de ambos padres, y la sustitución de éstos por el primogénito, Fu, como heredero de la hacienda y de la ascendencia sobre la familia superviviente. El carácter violento, hasta asesino y arbitrario, además de emprendedor y codicioso de Fu, está dibujado en pocas frases que no dejan lugar a duda:

Era tan rico como poderoso y propenso a arreglar las cosas por la fuerza. Manipulaba a los funcionarios de la comarca y era, desde cualquier punto de vista, el cacique local. Más adelante tuvo que responder a una acusación de asesinato y, como su adversario era pudiente, fue desterrado al servicio fronterizo en la guarnición Jiyang, de la provincia de Guangdong. Sin embargo, merced a sus relaciones con Zhang Jun, duque de Wei, y como recompensa por haberse desempeñado como reclutador para el ejército, fue perdonado y pudo regresar a su casa. Ahí se dedicó con redoblado ahínco al manejo de sus bienes y propiedades, de suerte que muy pronto volvió a ser tan rico como antes.¹²

Ge se despide de su hermano con la bravata: "Juro que no volveré hasta no juntar mil onzas de oro".¹³ Es lícito suponer que la "reflexión ociosa" que provoca esta disyuntiva incluye la acusación de que Ge es un haragán que vive, junto con su mujer y sus hijos, a costa de su hermano.

Los sucesos que desatan la ira incontrolable de Wang Ge tienen una concatenación que involucra la figura remota, prepotente y simbólicamente paterna del emperador, de cuya aura participan, en mínimo grado, el prefecto en Anqing y el comandante de la guarnición, Guo Ze. El emperador constituye la última instancia, intocable, de la autoridad. Pero el prefecto es un burócrata miserable, de los que Ge manipula, y no merece más que el desprecio de éste. Ge y Guo Ze se consideran amigos, y son presumiblemente de la misma generación; será la apreciación madura y sensata de Guo Ze la que lo hará matizar las circunstancias de la segunda expedición en

¹² Page, *op. cit.*, pp. 60-61.

¹³ *Ibid.*

contra de Ge, en la esperanza de ayudar a su amigo. Esta actitud fraterna se vuelve francamente paterna cuando Guo Ze le aconseja a Wang Ge que se rinda.—en términos semejantes a los empleados por Lutero con Michael Kohlhaas—, pero Guo Ze— a diferencia de la figura independiente de Lutero— está involucrado, pues es un enviado del prefecto. Ni Ze ni Wang Ge se sinceran el uno con el otro, de tal manera que, pasados de copas, la irrupción del policía Wang Li, quien acusa a Guo Ze de dejarse sobornar, produce la primera reacción rabiosa incontrolable. Hasta ese momento, Ge se ha portado comedidamente, abandonando sigilosamente la capital, Linán, a pesar de una orden que lo tiene arraigado a disposición del emperador, y recluyéndose en su hacienda en espera de los acontecimientos. El conocimiento de que tiene en su contra al consejo privado imperial, al prefecto de Anqing y a una expedición de milicia no le preocupa mayormente. Lo que detona su ira es el aparente rechazo de su amigo paterno-fraterno Guo Ze, tan reminisciente de su verdadero padre-hermano, Wang Fu. Pero este primer detonador, si bien lo compromete irremediabilmente, al aniquilar la escolta de veinte hombres, no lo lanza a asesinar con mano propia.

Esa disyuntiva sobreviene después de que la mayor parte de su pequeño ejército de 300 servidores lo abandona frente a la muralla de Susong. Traicionado de nuevo y desmoralizado, vuelve a Madí, y al ver detenido allí a su antiguo amigo Guo Ze —ahora la personificación de todas las traiciones— lo parte en dos de un solo tajo.

Ge se deshace entonces de casi todos sus objetos amados: la rabia narcisista no deja lugar para el amor. Ge pone a buen recaudo a su nieto, garantía de su linaje; sin pensar en que la separación podría desquiciar a su nuera, quien termina suicidándose. Cuando le ofrece a sus más allegados seguidores el regalo de sus magníficos caballos, y aquellos rechazan la oferta por el peligro que representa la fácil identificación de los animales, Ge se mata como lo hizo con Guo Ze, de un solo tajo, e incendia su hacienda, como antes había incendiado el templo del dios Fuying.

Así como para Michael Kohlhaas los caballos relucientes representan su propio bienestar, y así como la agresión en

contra de ellos él la experimenta como una agresión contra sí mismo, Wang Ge se identifica con su reputación de cacique, ahora minada y desprestigiada por una acusación de procedencia desconocida. La reacción rabiosa contra esa agresión es equiparable, a otro nivel, a la que provocó el exabrupto de su hermano Wang Fu tiempo antes, y que lo lanzó en busca de poder y fortuna, emulando precisamente a la figura paterno-fraterna fuente de una agresión que en el momento también atentaba contra su reputación o, dicho en términos chinos, contra su cara (*mian*). Los caballos de Kohlhaas y la reputación de Wang son los objetos-sí identificados por Kohut, "algunas de las experiencias narcisistas más intensas se relacionan con los objetos, es decir, objetos que se usan al servicio del sí y del mantenimiento de su investidura instintiva, u objetos que se experimentan como parte del sí".¹⁴

A semejanza de Michael Kohlhaas, en su calidad de lugarteniente de San Miguel arcángel, Wang Ge hace gala de ese sí-grandioso infantil, ataviándose de superhéroe militar a la usanza clásica china. Si desde el principio de su carrera se hace acompañar de una gran escolta de hombres armados, emulando así a su hermano (y a los grandes nobles chinos de la antigüedad), cuando explota su rabia incontrolable contra el desconocido calumniador, levanta su ejército, incendia el templo y ataca la sede del distrito. Sin embargo, ante el aborto de lo que iba a ser su primer encuentro armado formal, Wang Ge sufre un desmayo en el que tiene la alucinación de un adversario sobrenatural a quien culpa de su fracaso. De ahí en adelante, emprende una huida brillante en el curso de la cual no sólo burla a todas las fuerzas enviadas en su contra sino logra que éstas alcancen proporciones acordes no con la realidad sino con su grandiosa fantasía ya fracasada.

Elevados a focos de la atención imperial, Wang y Kohlhaas se entregan a la autoridad que los persigue, dispuestos a que los maten a cambio del reconocimiento reparador de la figura paterna suprema. Esta entrega, matizada temporalmente por el salvoconducto en el caso de Kohlhaas, equi-

¹⁴ Heinz Kohut. *The Analysis of the Self, the Psychoanalytic Study of the Child*, monografía núm. 4, Nueva York, International University Press, 1971, p. xiv.

vale en los dos casos al suicidio, aspecto extremo en el desarrollo de la rabia narcisista, no acotado por Hamilton ni por Detmerring. Es el reverso de la faceta megalómana del sí grandioso y producto de su frustración insoportable. Se manifiesta, entre otras, en la depresión, la autoevaluación, la sensación de falta de mérito, movilizados como defensa contra la aceptación de las limitaciones del individuo. Kohut señala que “característicamente, estos suicidios son precedidos no por sentimientos de culpa, sino por sensaciones de vacío insoportable y de exanimación o de vergüenza extrema, es decir de signos de profunda alteración en el área de la catexis libidinal del sí”.¹⁵

El rechazo que sufre Wang Ge de su hermano es refrendado años después por el emperador, cuando Wang ofrece encabezar un ejército para reconquistar el norte de China dominado de 1115 a 1234 por los Ruzhen de la dinastía Jin. El nuevo rechazo que experimenta ante la muralla cerrada de Susong, exacerbado por la desertión de casi toda su fuerza, ocurre en el contexto de un acto en extremo exhibicionista. El desmayo ante la figura alucinada del dios Fuying, el asesinato de Guo Ze y la destrucción de su hacienda culminan en la entrega de Wang al comandante del barrio norte de la capital y su autoenvenenamiento en la cárcel.

Mediante una apelación que envía al emperador desde su celda, Wang logra que se esclarezca el caso y que se le declare inocente de rebelión y de lesa majestad. Pero el padre reparador, objeto omnipotente arcaico, sostiene la pena máxima a la que está condenado por alterar la paz del imperio. Ante esta última prueba de su poco valor, Wang opta por el suicidio antes que sufrir la ejecución lenta. Los términos de la apelación expresan elocuentemente la envergadura del sí grandioso, su frustración insoportable, y su devaluación final:

Yo, Wang Ge, en tal mes de tal año, elevé al trono una memoria ofreciéndome para encabezar a los leales y rectos de la región del Huai como vanguardia del imperio, para aplastar a los bárbaros y recuperar la planicie central. Mi ambición era servir al imperio, ¿por qué entonces me volvería traidor? No sé quién me ha calumniado acusándome

¹⁵ Kohut, *op. cit.*, nota 3.

de urdir una rebelión, ni sé a qué se refiere. Quiero enfrentarme cara a cara con ese hombre para poner en claro mis verdaderas intenciones. Después me dará igual si vivo o muero.¹⁶

Vale la pena reiterar que la justificación tanto de la causa de Wang como de la de Kohlhaas es producto de la imaginación de ambos autores. La realidad histórica de Wang Ge y la de Hans Köhler, inspiración de Kleist, no alcanzó a tanto. Desafortunadamente, no se sabe si la vida de Feng Menglong se asemeja a la de Kleist, quien presenta indicios de alteraciones narcisistas que culminaron, precisamente, en el suicidio.

Aunque la delineación que hace Hobsbawm de la figura del rebelde primitivo se quede corta como recurso de análisis, y aunque sea la luz que arrojan la teoría y el ejercicio psicoanalítico la que revela su verdadera motivación, es poco probable que esto merme la atracción irresistible que han ejercido, a través de la historia y la literatura, estos heroicos obcecados.

¹⁶ Page, *ibid.*, p. 107.